

Los Libros

DOMINGO MELFI Y MI LIBRO «ROTOS», por *Lautaro Yankas*

Tal vez un leve escozor de conciencia pudiera haberme impedido hablar de este gran amigo y compañero desaparecido, en relación con mi libro «Rotos», que acaba de ser entregado al público de mi país y del Continente. Siempre cuesta a alguno de nosotros—hablo de los escritores—expresar la intimidad de las cosas queridas, más aun si se ha dejado en ellas la mordedura de la vida y la luz que el mundo ha traspasado en nuestros ojos. Lo afirmo, porque mis amigos, allí donde los he encontrado son testigos de este hermetismo, que sólo ha sido forzado por la insistencia que da la legítima confianza.

Cede ahora este hermetismo, así, como se borra aquel escozor de conciencia, y hablo, mejor dicho aludo, a mi último libro, porque en gran parte «Rotos» es el resultado de una de mis últimas y siempre ocasionales conversaciones con Domingo Melfi. Vaya este recuerdo como el homenaje más puro y rendido al espíritu de quien pasó por el mundo como «un sembrador de inquietudes» y de esperanzas, siempre dueño de una pupila inquisidora y ardiente, y de una sensibilidad trascendente y digna.

Mi colaboración constante en el esfuerzo y el contenido de la revista «Atenea»—el signo de la cultura chilena en el mundo—encontró en Domingo Melfi el reflejo animador y a veces ponderadamente regocijado. En los últimos meses en que tuve oca-

sión de hablarle, su acogida tuvo expresiones de franca camaradería y pude advertir en sus palabras el calor de la confianza y la nobleza de sus deseos, lo que nos permitió recorrer y despejar temas y motivos de charla no sólo literarios sino sociales o puramente personales.

En uno de estos momentos, intensos y fugaces, Domingo Melfi, mirándome rápidamente, sin mover su rostro siempre erguido y tranquilo, me dijo: —Acabo de leer su cuento «Rotos niños». Es muy hermoso. Va en este número de «Atenea».

No recuerdo qué le respondí, agradecido, pero más que nada confundido. El escritor, más aún aquel que ha hecho obra sostenida a lo largo de una vida, encuentra a su paso el elogio o la censura en todos los matices imaginables, cuando no es el silencio que también obedece a móviles diversos. En medio de esta vorágine el escritor continúa su obra, movido más que nada por este recogido dios interior que se estremece con el ritmo de una conciencia suprema. Así voy yo con mi conciencia, observando a los dispensadores de gloria, montados en sus elefantes de hojalata, ruidosos y tétricos. Durante los quince años que conocí a Melfi, no había escuchado de su boca una palabra sobre mi obra literaria y jamás pedí su opinión sobre ella. Mis trabajos para «Atenea» o «La Nación» se publicaban, simplemente. De ahí que las palabras tuyas así, de golpe, inesperadas, me embargaran. Advertí en ellas una pureza de intención que sólo emana de la conciencia. Y Domingo Melfi ha sido siempre para mí y para los hombres cabales, una conciencia.

Lo dejé aquella tarde en su oficina de la Biblioteca Nacional y me fuí por la Alameda cavilando, recordando: en mi carpeta guardaba unos doce o más cuentos del contenido y el carácter de esos «Rotos niños» que habían impresionado a Melfi. Decidí revisarlos y ordenarlos, lo que no fué trabajo largo pues casi todos estaban corregidos. Dos o tres habían sido publicados. Y un día cualquiera me encaminé a la Empresa Zig-Zag con mis «Rotos» cosidos en un cuaderno. Caramba, allí la cosa pareció

encrespase y más de alguno torció la nariz sólo de ver el título. Pero parece que dentro del cuaderno encontraron algo más que criollismo arrabalero, porque el libro fué acogido rápidamente.

Gracias, pues, Domingo Melfi. Vuestras palabras, surgidas una sola vez en el tiempo, van sobre mi conciencia, limpias de doctrina, de sectarismo, de simpatía o antipatía, y aún, si se quiere, de amistad. Como debe ser juzgada toda obra y toda acción.



«LA NOCHE EN EL CAMINO», por *Ramón Valenzuela R.*

En una de esas reuniones ocasionales que a veces se producen en las calles céntricas de Santiago, un grupo de escritores debatía gravemente sobre la producción literaria. Había allí quien sostenía que en Chile aún no se producía la novela maestra, porque nuestro ambiente no ofrecía los motivos trascendentales de que disponían los escritores de otros países.

Yo que nací ingenuo y de consiguiente impertinente, defecto que no he logrado corregir, apesar de los malos ratos que he debido experimentar y de los muchos que he hecho sufrir a los demás, expresé que a mi modesto entender lo que hacía falta no eran tales motivos, sino una pequeña dosis de talento.

Naturalmente que después de haber expresado tal ingenuidad me sentí arrepentido, tanto más cuando ella me significaba el sacrificar una invitación a comer que con anterioridad me había hecho uno de los maestros que allí pontificaba. Pero a veces ocurre que nos complace más la satisfacción de expresar una idea que sentarnos a una buena mesa. Tal vez dependa mucho de la hora y expectativa.

Por otra parte debo confesar que no conozco sino en parte la producción literaria nacional, y esto en razón paradógica. Conozco a la mayoría de sus autores y confirmando mi ingenui-